

LA CASITA AZUL

A: hildichi en donde quiera que se encuentre

Había una vez una casita azul. Esta casita descansaba cerca de una esquina y frente a un parque grande y verde lleno de gorriones y cuculíes que la despertaban cada mañana con sus arrulladores cantos.

Veía a muchos perros que eran paseados en el parque por sus dueños. Algunas veces los veía pelear entre ellos y se estremecía con esto. Pero en general su vida era apacible y tenía esa tranquilidad de las cosas calmas como un mar con marea baja.

Dentro de la casita vivía una princesa. La princesa se llamaba Hilda. Era una princesa muy activa. No podía estar sin hacer algo. Le gustaba hablar y contar cosas. Narraba cuentos inventados pero que ella decía eran recuerdos de sus vidas pasadas. Porque la princesa Hilda decía haber tenido muchas vidas.

La princesa vivía con muchos gatos. Todos ellos algo gordos por la buena vida que llevaban. Y eran muy tímidos porque la casita azul no tenía casi visitas. Cuando alguien llegaba se escondían en la oscuridad y detrás de las sombras y con sus enormes y brillantes ojos curioseaban de las palabras que se decían.

Y así pasaban los días. Uno tras otro. Nadie los contaba y no era necesario hacerlo. Pero un día la princesa Hilda tuvo que salir de viaje. Sus amigas que vivían en un país lejano al norte de la casita azul la invitaron a visitarlas. Y ella que andaba un poco triste decidió hacerlo. Y fue así que la casita azul se quedó casi sola. Tan sólo con sus gatos que esperaban mirando la ventana el retorno de su princesa.

Un buen día se apareció por la casita azul un caminante. Se había enterado de la belleza de la princesa y había decidido conocerla y enamorarla. Claro era un simple caminante. Sin dinero pero con mucha bondad en sus ojos. Creía que la vida era para dar. Y de tanto dar se había quedado casi sin nada. Creía en el amor. Y por eso estaba seguro que la princesa Hilda lo miraría y se iría inmediatamente con él a recorrer el mundo.

Pero como ya sabemos la princesa no estaba en la casita azul. Estaba de viaje en el norte. Al enterarse por los gatos tímidos de esto no quiso creerlo. Y se sentó en la puerta de la casita azul y se puso a esperar. Y así pasaron los días. Y luego las semanas. De pronto un pajarillo de pecho rojo lo despertó una madrugada y le entregó una nota. Era de la princesa Hilda que enterada del

extraño visitante que dormía y la esperaba en su puerta decidió enviarle una notita en brillante papel rosado.

Le decía que la espere. Que sabía de la bondad de su corazón. Y que tan solo como él estaba también ella. El caminante no podía creerlo. Busco las más hermosas flores en los jardines. Hizo un hermoso ramo y lo sujetó con un listón hecho de uno de los cordones de sus zapatos. Y se puso a esperar con una sonrisa en los labios.

La casita azul pudo un día que la visité contarme el final de este cuento de hadas. La princesa no pudo regresar más a su casita azul. Grandes tormentas que duraron años le impidieron volver al sur. El caminante esperó y esperó y esperó. Su gran sonrisa cambió de alegría y esperanza a tristessa y desilusión. Pero el caminante sabía que las cosas eran así. Su largo recorrido por los caminos del mundo le había enseñado muchas cosas. Y una de ellas era que las cosas no siempre salen como uno las quiere. Y con mucho dolor un día se levantó y dejó el hermoso ramo de flores ya casi marchito en la puerta de la casita azul. Les dio un beso tierno antes de irse a las descoloridas flores. Agarró su cansada mochila y mirando atrás por última vez y con una sola lágrima cayendo por su curtido rostro se despidió una vez más y siguió su camino.

Así pasa a veces con los grandes amores. Se pierden por casualidades ó por las duras inclemencias del tiempo. La princesa está aún en el norte con sus amigas pensando a veces en su casita azul. El caminante sigue su camino. Me cuentan que la última vez lo vieron sentado junto al mar. Mirando el atardecer. Tenía consigo una sillita. Y es que como El Principito -mientras tuviera esa tristessa- quería seguir contemplando siempre el atardecer. Y es que sabía que contemplando la caída del sol se curaría alguna vez de esa heridita que aún guardaba en el fondo de su corazón.

Y bueno colorín colorado este cuento se ha acabado (y qué pena que no fueran felices comiendo perdices no?).

ricardo quesada

***escrito en lima siendo
invierno en los corazones***

